

# Fotografía: la memoria cuestionada

**E**s difícil evaluar los daños sufridos por la fotografía argentina durante las sucesivas interrupciones de la vida democrática del país. Quizás aún no hemos reflexionado lo suficiente sobre el tema.

Es un axioma decir que la fotografía se nutre de la realidad, que es su espejo, y tal fue el motivo de su invención en 1839. Reflejar fielmente la realidad fue el imperativo de sabios, químicos, físicos y ópticos. Sus esfuerzos desembocaron en el invento del «daguerrotipo» primero y de la fotografía después.

La realidad circundante fue el tema prioritario para los amantes de la nueva cámara. El paisaje urbano: calles, edificios, medios de locomoción. Más tarde se mostró el otro paisaje, desconocido en las sociedades civilizadas: pueblos primitivos, lugares exóticos, costumbres ajenas a la mentalidad europea. Y nadie puso en duda que lo que veían no fuera real. La imagen fotográfica es totalmente creíble. Si hay una foto, lo que se refleja existe; ése fue el hecho nuevo que trajo el invento. Así nace el documento, el testimonio visual, columna vertebral de la disciplina fotográfica.

¿Qué pasa cuando al fotógrafo se le prohíbe reflejar su entorno? Es impensable que eso pueda ocurrir; sin embargo, es lo que sucede bajo los regímenes autoritarios. No se debe mostrar lo que está ocurriendo o bien debe reflejarse de otra manera, siempre favorable a las autoridades de turno. Hay que falsear la realidad.

Por ese traumático proceso ha pasado la fotografía argentina entre los años 1966 y 1983. Unos quince años de censura, prohibición, miedos y angustias por el solo hecho de transitar por las calles con una cámara fotográfica.

¿Qué circuitos de fotógrafos han sufrido esta cercenación de sus libertades? ¿Los reporteros gráficos, los publicitarios, los ilustradores, los aficionados? Aunque parezca increíble, absolutamente todos.

Quizá pueda suponerse que los únicos que soportaron la censura fueron los que cumplieron la peligrosa tarea de cubrir eventos políticos o sociales, los trabajadores de prensa, pero veremos que no fue así. En la época de las dictaduras sucesivas, todo aquel que se aprestaba a tomar una foto era un sospechoso.

Lo grave no fue que se derogó el derecho constitucional de trabajar libremente; también se impidió circular con cámaras y lo que fue más grave, se trató de impedir expresarse a través de las imágenes y, por ende, pensar en imágenes.

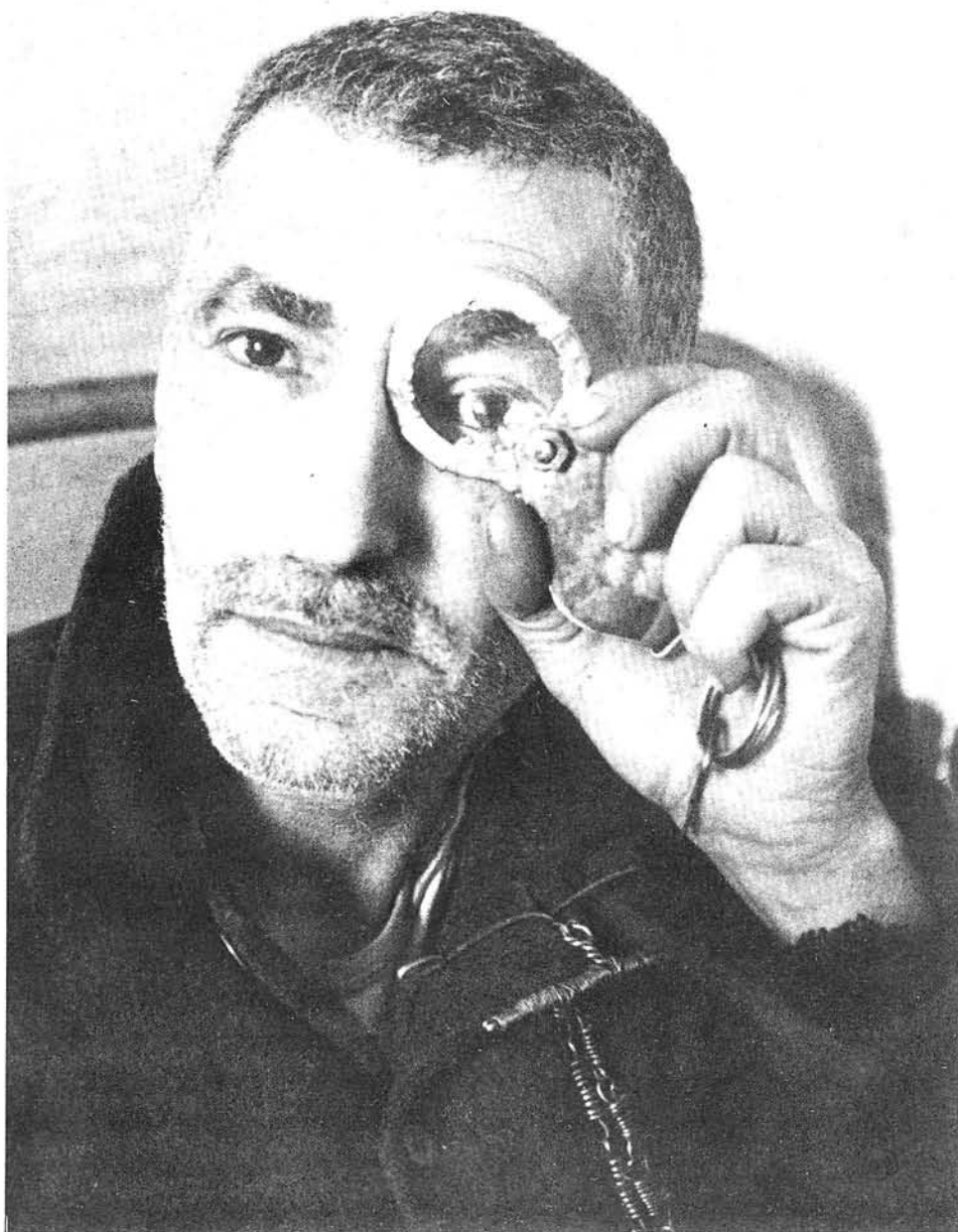
Nadie cree y menos los autoritarios que las fotos las toman solamente las cámaras por su cuenta y riesgo. Saben que los seres que las manejan eligen los temas, documentos, cortan lo que no quieren mostrar, exageran lo que desean resaltar. Saben que ya no hay imágenes inocentes. Las dictaduras tienden a anular el libre albedrío; la elección individual, la creación y el pensamiento. No quieren que queden registradas, para siempre, imágenes con un contenido cuestionador, que transmitan el grado de incertidumbre, de miedo —o terror— en que se va sumergiendo la ciudadanía. No quieren que quede registrada esa escenografía decadente de paredes manchadas, de *grafitti* insultantes, de edificios descascarados, veredas rotas y suciedad, síntoma de la desidia, el abandono, la tristeza, de épocas de dictadura y crimen.

Toda la sociedad se fue degradando, repito, desde 1966, aunque muchos sostengan que la censura y la amenaza impuestos desde el poder comenzaron diez años más tarde. En 1976 comenzó el terror.

El autoritarismo se impuso en 1966. Lo vivió la universidad en la llamada «Noche de los Bastones Largos»; la cultura, por el pedido de clausura del Instituto Di Tella, epicentro de la vanguardia artística e intelectual. Exactamente en 1968, bajo el gobierno de facto del general Onganía, se prohibió, el mismo día de la inauguración publicitada con avisos en las calles, una muestra de fotografía en el Museo de Arte Moderno de la ciudad de Buenos Aires, porque los textos que acompañaban las fotos eran de Julio Cortázar. El escritor residente en París, en esos días se manifestaba contra la dictadura en la Argentina.

La triste cronología continúa con la dictadura del general Lanusse y, aunque constitucionales, los gobiernos del doctor Cámpora, el general Perón e Isabel Perón en ningún momento ofrecieron seguridades ni libertades de expresión públicas o privadas.

A partir del gobierno encabezado por el doctor Cámpora el eslogan «para un peronista no hay nada mejor que otro peronista» resulta, más que nunca, grotesco. Los integrantes del partido se destrozaron entre sí. atentados, crímenes a diario, la matanza de Ezeiza cuando volvió Perón en 1973, fue-



Eduardo Longoni. En su momento impublicable, se ha convertido en símbolo de la presencia militar.

ron mojonos que señalaron la tragedia argentina. Todo eso se fotografió aunque no todo se publicó.

Los fotógrafos día a día veían rechazados sus trabajos. Las dificultades para fotografiar eran cada vez mayores. No podían tomarse fotos de policías o militares en situaciones equívocas o poco marciales: a un colega se le ordenó velar un rollo porque tomó a una mujer policía asistiendo a otra mientras se sujetaba el cabello.